

...con las REVISTAS

EL CIERVO

Julio-Agosto 1958, núm. 67. Carlos Santamaría: <de hombre a hombre>.

Carlos Santamaría —en posesión de un estilo ágil, sincero y humanísimo— comenta cuán difícil es que hoy nos tratemos en mutua y absoluta verdad, “de hombre a hombre”, sin disfraces ni caparazones mentales. En los mismos días que la humanidad abre nuevas rutas, sobre los cielos y bajo los tímpanos, una dirección permanece cerrada, cuidadosamente ocultada: el rumbo de nuestros verdaderos pensamientos. El fenómeno lleva desde luego su grave dimensión ética; en realidad, no ocultamos sólo nuestras cosas, sino que nos ocultamos a nosotros mismos y vivimos engañándonos a fondo, procurando esquivar los problemas en constante disimulo, llevando una vida doble, ambas igualmente falsas por lo que tienen de inconfesadas. Santamaría alude con acierto a tantas posturas hechas, opiniones *standard*, tácticas, sistemas, cualquier cosa, salvo la caliente verdad del corazón.

Podríamos pedir a C. Santamaría que contestara a esta objeción inevitable: ¿acaso no estamos en una era de rabiosa sinceridad? ¿No se nos dice cada día que los hombres van dejando con rapidez sus prejuicios, que simplifican y estrechan su vida de relación? Al menos resulta evidente que los tiempos giran al signo de lo comunitario, de lo colectivo: la existencia transcurre en un total codo a codo con nuestros semejantes, díganlo si no los bloques de viviendas, los transportes, las enormes oficinas e industrias, las agrupaciones profesionales, deportivas, políticas, etc. El mismo enunciar estas cosas arroja alguna luz sobre el problema, al poner de manifiesto la clásica coexistencia extrínseca que supone demasiadas veces.

Nos parece que la raíz del mal está bien honda, aunque no sea difícil dar con ella. Como la sociedad está espiritualmente dividida, falta la íntima cohesión humana y los hombres coexisten y se padecen juntos. La relación que mantenemos unos con otros no pasa muchas veces de un roce frío, como ocurre entre las cosas yuxtapuestas. Son contactos lastrados por la desconfianza y el temor. No sólo la verdad, sino aun lo más noble que guarda cada espíritu —su ideal, por ejemplo— tiene que ser ordinariamente preservado de la intemperie, donde le acechan incomprendiones, disputas y burlas, también con frecuencia, la abierta hostilidad. Nos acostumbramos de esta forma a ir por todas partes impenetrables y como barnizados de una falsía que casi aparece necesaria. En fin, nos reducimos socialmente a eso pícaro que se ha dado en llamar mundología: el arte de saber escoger, entre los pensamientos, los que pueden decirse con agrado ajeno, y entre las actitudes, las menos expuestas.

No hay para qué insistir más. Lo que importa es buscar modos de acabar con la farsa y llegar al trato de hombre a hombre con la mayor franqueza y la máxima caridad. A Carlos Santamaría también le ha de resultar preferible un tanteamiento de soluciones, aunque tal vez crea ahora necesario descubrir suficientemente la crisis de la sinceridad humana.

Modestamente, nos parece útil apuntar un recurso psicológico que es al par y sobre todo un ejercicio ascético, viejo y perenne entre hombres de fe: la presencia de Dios. En verdad, el remedio pleno para conseguir la comunión en la verdad es la unión en la creencia, y entre los que ya poseen ésta, el revitalizarla: una experimentación de su convencimiento de ser lo divino el mejor auxilio de lo humano. Que Dios llega a ser necesario a los hombres para arreglar sus problemas. Este acudir a la presencia de Dios queremos indicarlo aquí como una medida de uso inmediato, capaz de iniciar desde nuevas bases el mutuo entendimiento. Tiene algo de paradoja decir que un excelente recurso para el trato de hombre a hombre, consiste en interponer a Dios entre ellos. Y sin embargo, la cosa en sí no es paradójica. Será un paso decisivo para hallar inteligencia e intercambio humano, para la puesta en marcha de un estilo realmente acorde con la tónica del tiempo, enfrentarnos con la ascesis de sentir a Dios a nuestro lado, o a nosotros como inmersos en El, y eso en especial cuando nos acerquemos al contacto con el prójimo. Ponerse ante Dios ayuda a proceder mejor entre los hombres. Dios ya está asomado a nuestro mundo, pero quiere y puede formar parte de nuestra vida, ocupando en la conciencia un puesto de control, una situación eje. Desde ahí —desde nosotros que le advertimos dentro— hallará ocasiones para recordarnos que estamos consagrados en la verdad, y que la verdad nos hace libres. Si somos de la Verdad, oiremos su voz, a menos que admitamos conscientemente servir a las tinieblas. Ya no será posible continuar engañando impunemente, y, por otro lado, nos parecerá ridículo y criminal la ocultación a otros de algo que Dios conoce a maravilla.

Sí, es posible que sea actuarse en Dios el mejor resorte para abrirse con el prójimo en vinculación entrañable. Sobre todo, si se ha logrado comprender que en cualquier prójimo está Dios.

Fernando Toscano, S. J.

INCUNABLE, Junio 1958

«El problema de nuestra Historia», por Jesús M. López.

Incunable nos tiene acostumbrados a la tribuna abierta. Tribuna abierta para artículos como *Las imágenes del Sagrado Corazón*, de FR. CANDIDO EZCURRA, O. F. M., y *El cura gallego*, de PEDRO DE MENDIA, por citar dos que últimamente alcanzaron relieve poco afortunado.

Yo no voy a dialogar con Pedro de Mendía, pues ya lo ha hecho y extraordinariamente bien, René F. de la Huerta. Lo voy a hacer con Jesús M. López, en su respuesta a Pedro de Mendía. Adelantando mi conformidad sustancial con el artículo, quiero comentar sólo algunos puntos.

No está de más recordar que la virtud de la piedad, la *pietas*, nos impera el amor a nuestros padres y a nuestra patria. Imperativo vigente tanto cuando están presentes como cuando ausentes. Por eso a la patria